

*“La verdad es siempre extraña,  
más extraña que una ficción”*

Lord Byron (1788-1824)

## Prólogo

Quizá por su grandeza o por el enorme desconocimiento que todavía tenemos de él, el mar sigue cautivando al ser humano. Es hermoso, ofrece paisajes increíbles y, desde la distancia, parece insondable e infinito.

Sin embargo, también es una fuente continua de peligros, muchos de los cuales han inspirado a autores de todas partes del mundo.

Desde los orígenes, el hombre ha encontrado entornos agrestes en la naturaleza. La selva devora absolutamente todo lo que cae en sus fauces. Lo mismo vemos en el desierto, cuyos vientos y la arena que mueven, son capaces de hacer desaparecer una ciudad entera en cuestión de minutos. Contamos con relatos históricos, desde los más antiguos cronistas de la Antigüedad Clásica, que nos hablan de la desaparición de ejércitos formados por cientos de soldados bajo el impredecible destino de una tormenta de arena.

Quizá el mar sea ese tercer elemento del terrible listado de escenarios violentos de la naturaleza, por dar un orden en el que cualquiera de ellos podría ocupar el primer lugar.

Cuando las aguas están calmadas y la mirada se pierde en el horizonte, el mar genera en el ser humano un anhelo incontrolado por intentar conocer qué hay más allá. Ese sentimiento es lo que, hace siglos, empujó a los descubridores a intentar saber qué había más allá de la línea del horizonte.

Precisamente en ese misterio ahonda José A. Ortega en su novela *El Reino de las Sirenas*. Parte de un hecho real, la increíble historia del Mary Celeste, cuya tripulación desapareció como por arte de magia en algún momento entre el 7 de noviembre de 1872, fecha en la que partió de Nueva York rumbo a Europa, y el 5 de diciembre del mismo año, cuando fue encontrado completamente vacío de almas humanas, junto a las Azores.

Con estos mimbres comienza una trama que estoy seguro atraparé al lector desde la primera página, combinando numerosos misterios relacionados con el mar. O quizá tendríamos que decir la mar, dándole así un toque, si cabe, más romántico y evocador. Espero que el lector del litoral sepa disculpar a este modesto aventurero de los misterios de la Historia educado en el interior de la seca Castilla.

En cualquier caso, *El Reino de las Sirenas* es, sin lugar a dudas, un libro fantástico en el que se entremezcla realidad y ficción, algo que, como nos recuerda el autor en palabras de Lord Byron, se solapa de una manera extraña y en muchas ocasiones más cercana de lo que podemos imaginar.

**Nacho Ares**

Madrid, 1 de septiembre de 2011

## Prefacio

El caso del *Mary Celeste*, un bergantín de bandera estadounidense cuya tripulación desapareció sin dejar rastro en el Atlántico entre noviembre y diciembre de 1872, constituye uno de esos grandes enigmas relacionados con el mar y la navegación marítima nunca resueltos.

Al mando del capitán Benjamin Spooner Briggs, que viajaba junto a su esposa, su hija, de dos años de edad, y siete marineros, zarpó desde el puerto de Nueva York rumbo a Europa el 7 de noviembre de 1872.

Casi un mes más tarde, el 4 de diciembre de 1872, la nave, que transportaba en su bodega 1.701 barriles de alcohol industrial con destino a Génova (Italia), fue hallada completamente abandonada muy cerca de las Azores por otro buque, el *Dei Gratia*, que capitaneaba David Reed Morehouse, amigo de los Briggs.

Después de comprobar que en el *Mary Celeste* no había ni un alma, Morehouse dio orden a algunos de sus hombres para que arreglasen los aparejos de aquel velero encontrado a la deriva, que estaba en condiciones de navegar, y lo trasladaran al puerto británico más cercano, que dada su posición, era el de Gibraltar, a fin de obtener el importe del rescate, un porcentaje de su valor y el valor del cargamento, según lo contemplado en las leyes marítimas internacionales.

Una vez puesto a buen recaudo el bergantín, y entregado a la autoridad, el capitán Morehouse reclamó la indemnización que le correspondía por el salvamento ante la Corte del Vicealmirantazgo y como consecuencia de ello se abrió una investigación, de la que se hizo eco la prensa más importante de la época. Un proceso que más que lograr el esclarecimiento de los hechos lo que consiguió fue dar pie al nacimiento de la leyenda, una de las más célebres, por cierto de la historia, con barco fantasma o maldito como protagonista.

La obra que sigue, primera parte de una trilogía, no es más que una recreación novelada del misterio, en cuyo trasfondo se sitúan mitos como el de La Atlántida –al que se hace crítica e irónica referencia– y el del Triángulo de las Bermudas –sin que tan siquiera se mencione expresamente–, a través de

sucesos como los del *HMS Atlanta*, buque-escuela británico hundido en 1880, y el *Star Tiger*, avión perdido en 1948, vinculados a la trama.

No obstante, sólo tres de los muchos personajes que intervienen o se citan son producto de la imaginación de un servidor. Los demás son reales o fruto de la invención de otros que también existieron, incluidas las sirenas.

J. A. Ortega

## 1

La puerta de la entrada principal se mecía a mis espaldas movida por el viento y sus goznes oxidados aún continuaban chirriando. El aire estaba cargado de una salada humedad, apenas había luz porque los postigos de los ventanales permanecían cerrados y, entre algún que otro leve y misterioso crujido, obra de ratones o de duendes, se oía como el mar con sus rizos acariciaba la playa, que se hallaba a menos de cien metros.

Muebles viejos y apolillados, cubiertos de polvo y telarañas, se agolpaban en varias de las estancias de la primera planta; un retrato del abuelo, el capitán Benjamin Spooner Briggs, extraído del recorte de un diario, colgaba de uno de los muros agrietados y desde otro recorte en el de enfrente me miraban la abuela Sarah Elisabeth y mi tía, la pequeña Sophie. Como si todo, a pesar del aparente desorden, hubiera sido dispuesto y colocado para la ocasión en previsión de mi llegada.

Sobre la repisa de una chimenea ennegrecida y maloliente descansaban una brújula, un cronómetro y un sextante con más años que Matusalén; el ejemplar carcomido de una edición barata de la Biblia del Rey James procedente de Boston y fechada en 1866, una gorra de guardiamarina, con la insignia de la armada de su majestad la Reina Victoria y un lazo en el que figuraban impresas las letras “HMS Atalanta”, el nombre del buque a cuya tripulación perteneció

su propietario, y unos documentos enrollados, tan amarillentos y deteriorados que parecían tener uno o dos milenios en vez de algo menos de un siglo, que era lo que en realidad tenían.

Me hallaba en Santa Bárbara, adonde me había dirigido, desde Vila do Porto, buscando aquella vieja villa situada en las afueras de la población, frente a la Bahía de San Lorenzo, por indicación del señor Da Silva, albacea testamentario de un presunto tío del que mi padre nunca me habló, sencillamente porque nunca supo que existiera.

–When you come, you ask for the house of the American man<sup>1</sup> –me recomendó, en un correcto inglés, el autor de la carta que unos meses atrás había recibido con aquella noticia tan increíble y asombrosa.

Y eso fue precisamente lo que hice, seguir el consejo del abogado y consultar a más de un parroquiano del lugar, sin tener remota idea del idioma, hasta que logré hacerme comprender.

–A casa do americano procura o senhor<sup>2</sup>? –me preguntó sorprendido el último de los aldeanos al que me dirigí en la plaza y que sí me entendió, ofreciéndose inmediatamente a llevarme en una carreta destartada de la que tiraba un asno.

Situada en medio de un puzle de terrazas escalonadas sembradas de viñedos, la vivienda, en avanzado estado de abandono, ocupaba unos 100 metros cuadrados de terreno, constaba de dos plantas y estaba rodeada por un seto que delimitaba la extensión de la propiedad. Un cercado de rocas de basalto de los muchos que había y dividía de forma pintoresca en espacios de terreno rectangulares la pendiente verde y frondosa que descendía hasta el camino, justo a escasos metros del mar.

Fue levantada a mediados del siglo XIX, el mismo año en que expiró la reina madre María II Gloria, y luego reformada en más de una ocasión para resistir airoosamente las acometidas del tiempo y, sobre todo, de los elementos. Perteneció primero a un acaudalado hombre de negocios lisboeta, que la mandó construir en aquel rincón paradisíaco para allí retirarse del mundanal ruido dedicándose a la explotación de las viñas. Y luego, a finales de 1870, a un muy enigmático forastero, venido no se sabía exactamente de dónde, que la habitó durante poco más de un año, hasta que murió sin dejar descendencia, y apenas

mantuvo contacto con los isleños, salvo la joven huérfana de la que se hizo acompañar para que le sirviera.

–Esta é a casa<sup>3</sup> –me indicó el hombre, deteniendo el carro justo al inicio de un sendero estrecho, intransitable para cualquier tipo de vehículo, que bajaba serpenteando entre los peldaños de la verde colina hasta aquella lóbrega edificación que un día, sin duda, debió ser hermosa.

Tomé el libro de las sagradas escrituras en mis manos y lo contemplé, sin poder zafarme de la sensación de asombro y perplejidad que de mi espíritu había hecho presa. Lo abrí por en medio y algunas de sus hojas cayeron al suelo mientras por otra correteaba una polilla aterrada. También cayó una nota manuscrita con una cita de Calvino sobre la predestinación y el libre albedrío, sacada de la obra *Institutio Religionis Christianae*, y con un nombre, debajo de la misma, que me resultó conocido: el de mi bisabuelo por parte materna, Mr. Leander Cobb, a la sazón, reverendo de la Iglesia Congregacionista de Marion. Las páginas que correspondían al Apocalipsis de San Juan estaban más arrugadas y enmohecidas que el resto y la cubierta, revestida de tafilete o cordobán, y el papel olían a rancio, como la atmósfera espectral del interior de aquel inmueble olvidado.

Salí afuera a recuperar el aliento y pensar por un instante en aquella aventura que me había llevado a viajar hasta aquel sitio desde tan lejos. Ante mí se abría el océano y, junto a la curiosidad y la mayor de las extrañezas, seguía también embargándome la misma emoción contenida que me produjo en New Bedford el recibimiento de aquella misiva procedente de una isla portuguesa del Atlántico cuya existencia ignoraba, no porque me fuera desconocida, sino porque hasta entonces me había traído sin cuidado. Era temprano aún y por eso el sol, que aún no había culminado la mitad de su recorrido, apuntaba de costado.

La propiedad había pasado legalmente a pertenecerme desde septiembre de 1947, fecha en la que falleció su anterior y legítimo dueño. Eso me comunicó Da Silva en su despacho de Ponta Delgada, la mañana de aquel sábado 10 de enero de 1948, el día que llegué a las Azores, antes de desplazarme desde la isla de San Miguel hasta la de Santa María. Era parte de una herencia de la que yo había sido designado como único beneficiario y todavía no podía explicarme

por qué, aunque ya estaba empezando a hacerme una idea. Los caminos del señor son inescrutables, me dije, y volví a acordarme de la figura del viejo reverendo Cobb y también de mi padre.

–Siento no haber contactado con usted antes y más siento aún no haber podido complacer al señor De Moura en vida como era su deseo –se excusó el abogado–. Comprenderá que no ha sido fácil y me ha ocupado su tiempo localizarle...

## 2

Da Silva tenía su bufete en la capital de la gran isla pero cada quince días, desde el mes de mayo hasta el de septiembre, coincidiendo con el período del año de menor inestabilidad meteorológica, se trasladaba hasta Santa María en el ferry para atender allí posibles asuntos de interés que pudieran surgirle, como lo sería el que se le planteó el 22 de junio de 1946.

Aquel día, en la oficina que tenía improvisada en un edificio antiguo del que era dueño en el centro mismo de la localidad de Vila do Porto, se le presentó un hombre al que todos en la parroquia de Santa Bárbara y sus alrededores miraban como un espécimen raro por ser hijo, decían, de una mujer loca que murió creyéndose una sirena y un desmemoriado que había sobrevivido a la cólera de Poseidón y del que sólo logró saberse que era americano.

Era una tarde de lluvia y viento, más propia del otoño que de un primer día de verano, y tan desagradable que parecía como si la ciudad se hubiera quedado desolada. Entró sin llamar y se colocó delante de su escritorio sin hacer ruido ninguno. Su sobresalto fue mayúsculo cuando levantó la mirada de los papeles que tenía delante y estaba examinando y advirtió su presencia. A aquella hora la senhorinha De Figueiredo, la persona que hacía las veces de secretaria y le ayudaba en su trabajo, durante su estancia y también durante su ausencia en Santa María, ya se había marchado y, lógicamente, no había podido anunciarle la llegada imprevista de aquel nuevo cliente.

Da Silva lo escudriñó de arriba abajo en un par de segundos y luego miró hacia el exterior a través del cristal de la gran ventana que se encontraba justo a su derecha. Entre las cortinas, tras el vaho y las gotas del agua caída, pudo ver una calle en la que no había ningún alma y tuvo la impresión de hallarse en una población arrasada por un ejército de fantasmas.

Con una barba descuidada de más de una semana en un rostro pecoso y enjuto, un pelo largo, escaso, mugriento y cano, que otrora fuera rubio, y una indumentaria de vagabundo, el tipo exhibía toda la pinta de un enfermo que hubiera escapado de un manicomio y la mirada de sus rasgados ojos azules, ligeramente desviada por un leve estrabismo, no hacía sino poner a las claras que padecía algún tipo de enajenación, no se sabe si catalogada por la ciencia. Así que no era de extrañar que su proximidad causara en los demás cierto recelo. Sin levantarse, el abogado lo miró de hito en hito, le invitó a sentarse frente a él y, tras un suspiro, le interrogó por el motivo de su visita.

Había nacido allá por 1874, fruto de la muy tempestuosa y extraordinaria relación de amor que unió a una joven doncella, de condición humilde y sin familia conocida, criada por las monjas del convento de San Antonio, y a un hombre, sin pasado, sin presente y sin futuro, que un día surgió desnudo de entre las olas, sin tridente, como un Neptuno derrotado, y que otro día, tal y como apareció, desapareció bajo las aguas de la bahía. Se llamaba, de primero, Antonio, y de segundo, Jonás, como el personaje bíblico tragado por la ballena, debido a un extravagante capricho de su devoto progenitor. Tenía algo más de 70 años y llevaba la mayor parte de su existencia residiendo solo, como un anacoreta o un eremita, en aquella pequeña y deteriorada villa que le pertenecía, y que antes había pertenecido a su madre, tirando para Ponta Negra.

María Jacinta, así se llamaba la muchacha, se hizo con la casa, y de un modo que suscitó no pocas habladurías entre la gente más y menos mojigata de la vecindad, sobre todo por su juventud, después de servir en ella el apenas año y medio que su dueño la pudo habitar desde que se instaló casi de incógnito en la isla hasta su muerte en circunstancias nunca esclarecidas.



Fue éste un muy extraño caballero que llegó de la península con una maleta, bajo el brazo, y también la escritura de aquella vivienda, mezcla de estilo colonial, mezcla de estilo aristocrático, cuya propiedad había adquirido días atrás en Lisboa. Iba buscando un lugar donde perderse y dedicarse a hacer examen de conciencia, huyendo nadie nunca supo exactamente de qué, y recaló en aquel paraje, a orillas de la bahía de San Lorenzo y frente al islote del mismo nombre, como lo podría haber hecho en cualquier otra parte, porque carecía de rumbo pero disponía de dinero de sobra.

En aquel retiro, prácticamente en la clandestinidad, permaneció unos quince meses este personaje que a los pocos que tuvieron noticia de su existencia en Santa María pareció siniestro. Aquejado de dolores cada vez más frecuentes en los huesos y en la columna, para combatir los cuales tomaba a diario baños de mar y de sol, por prescripción médica, allí vivió la prórroga que le otorgó la parca. Siempre al cuidado de la chica huérfana que la influencia de Monseñor De Amaral e Pimentel, Obispo de Angra, con la acción mediante del ministro de la Iglesia de la Misericordia, puso a su disposición, a cambio de un cuantioso donativo para la Diócesis. La joven sirvienta a la que acabó por considerar como su propia hija y, para sorpresa de todos, legó sus pertenencias.

Por Vila do Porto, Santa Bárbara, San Lorenzo y las otras feligresías de la isla corrieron rumores de todo tipo sobre la identidad y la procedencia de aquel foráneo, pero uno de aquellos rumores le ganó la partida a los demás: el que le relacionaba con Lord Philip Henry, quinto Conde de Stanhope, y le implicaba en una conspiración contra el Rey Luis I. La verdad, que nunca habría de ponerse al descubierto, es que aquel tipo, de nacionalidad desconocida, español o francés, a juicio de unos, inglés, según otros, alemán para los menos, había tenido tras de sí un extenso historial delictivo y había llegado del continente, escapando de la persecución policial, después de recorrer Europa de norte a sur y de este a oeste y ser autor de mil y una fechorías. Entre ellas, el asalto al tren del oro de Crimea y el magnicidio de Madrid que costó la vida al General Prim, según se atrevió a publicar, basándose en unas supuestas memorias que nunca vio nadie, un osado cronista local del archipiélago con residencia en Ponta Delgada.

Una espantosa mañana del mes de noviembre de 1872, y mucho más fría de lo habitual, aquel hombre misterioso que había comprado la villa de Ponta Negra y se había instalado en ella ni siquiera hacía dos años apareció muerto en su dormitorio. María lo descubrió cuando subió a llevarle el desayuno, como hacía a diario, y dio la voz de alarma. El cuerpo del señor yacía sobre la cama, sin ninguna herida, sin ningún rasguño, pero con una cara de auténtico horror, y la joven doncella, nada más verlo, salió corriendo aterrorizada, como si hubiera visto al mismísimo diablo. El ventanal del balcón, que daba a la parte trasera de la casa, estaba abierto de par en par, sus cristales se habían hecho añicos y por entre el cortinaje se colaban las sombras invisibles que traía consigo un poniente helado.

Numerosas conjeturas circularon en aquellos días por la parroquia y hasta desde Vila do Porto se desplazaron agentes de la autoridad para proceder al levantamiento del cadáver y para llevar a cabo todas las averiguaciones posibles sobre lo que allí había podido suceder. Un forense sin experiencia ni pericia dictaminó que el fallecimiento se había producido por causa natural y así lo hizo constar en el certificado de defunción correspondiente. Para decepción del único oficial de la Policía Civil en la isla y el único redactor de una modesta gacetilla insular, que soñaban con toparse con un caso que los sacase de la rutina y la mediocridad. Sin duda, ese oficial y ese redactor debieron ser los que propalaron la teoría del asesinato y que éste había sido cometido por unos individuos, los miembros de una logia masónica o una secta, que desembarcaron como furtivos aquella noche en Santa María para ejecutar el crimen y luego volvieron a embarcar, antes del alba, poniendo mucha más agua que tierra de por medio.

Antonio Jonás se crió prácticamente apartado de la civilización porque su madre, para ahorrarle el dolor que podría causarle la indiscreción inconsciente o malévolas de los vecinos del pueblo, así lo quiso. Había sido el retoño surgido de su amancebamiento con un extranjero de origen ignoto y tamaño pecado no podía ser admitido por la elevada conciencia moral de aquellos paisanos suyos, educados en la fe de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ni, por supuesto, perdonado. La mayoría la miraba con desprecio y eso a ella ya no

le pesaba, porque después de tantas humillaciones sufridas desde su dura y triste infancia se había vuelto insensible a los desaires y el desdén de la gente, pero no estaba dispuesta a que su hijo fuera vilipendiado del mismo modo e hizo lo que pudo para protegerlo procurando que se relacionara lo menos posible con adultos y, sobre todo, con críos.

Al poco de cumplir los seis años perdió a su padre, del que apenas guardaba recuerdo alguno en su memoria, y a los dieciocho murió la única persona de la que recibió afecto. La observó dirigirse desnuda hacia la orilla y adentrarse en el mar, sin que volviera la vista atrás, hasta ser tragada por las aguas. Fue una hermosa noche de verano, hacía un calor casi tropical, por efecto del anticiclón que se había situado sobre el archipiélago, y la luna y las estrellas resplandecían suspendidas entre los dos cielos. Nunca llegó a recobrar la cordura perdida tras la desaparición del náufrago extranjero al que amó con la trágica desesperación del ser que nunca ha sido amado. Y por eso, cuando creyó que su hijo ya podría valerse por sí mismo, optó por marcharse siguiendo la estela dejada por aquél en su camino hacia la profunda eternidad.

El inquilino de la villa de Ponta Negra era, pues, un individuo huraño y solitario, por el que nadie mostraba interés pero sí una curiosidad morbosa, y algunos de los niños más osados de los de la parroquia cercana, así como otros menos niños, después de haber oído tantos comentarios de lo más insólito sobre él, no podían resistirse a la tentación de merodear por los alrededores de la propiedad. Se aproximaban con sigilo por entre los viñedos que había tras la loma y se dejaban resbalar por el terraplén en lugar de bajar por la senda empedrada para no ser descubiertos. Se apostaban en uno de los setos del jardín que había al lado de la vivienda y espían por una ventana lateral de azulado alféizar a través de la que no se veía absolutamente nada, excepto, con algo de suerte, una silueta en movimiento, y muy de cuando en cuando. La mayoría de las veces, sin embargo, desde alguna esquina les sorprendía gruñendo para ahuyentarlos aquel hombre hosco y estafalario al que habían ido a observar y tenían entonces que correr colina arriba que se las pelaban, lo que les bastaba para inventar un sinfín de trolas con las que alimentar entre los de la aldea la fama en torno a su persona.

Una fama debida a la leyenda que le precedía y cuya verdad habría de poner en conocimiento de Da Silva el día que acudió a su despacho de Vila do Porto para contratar sus servicios. Aquel 22 de junio de 1946 el viejo Jonás no tuvo más remedio que contarle al abogado parte de su vida y revelarle su gran secreto.

### 3

La familia dejó de mencionar la desaparición y hasta juró, en un solemne pacto de silencio, hacer todo lo posible para no reabrir una herida como aquélla que tanto había tardado en cicatrizar. Deseaba olvidar el daño causado por la tragedia del bergantín y quitarse de encima a los curiosos que, por mor de aquella historia, durante los meses y los años que siguieron, más tiempo del debido fueron el mayor de los incordios. Mi padre me comentó en alguna ocasión el acoso al que estuvo sometido días enteros por más de un reportero chalado y por algún que otro investigador de pacotilla empeñado en perseguir la gloria tratando de desvelar el enigma.

–Se apostaban en la esquina de alguna calle próxima a la casa del tío William, con el que estaba entonces viviendo, como asediándome, y me abordaban a la primera oportunidad que se les ofrecía, sabiendo como sabían que yo era el único hijo del capitán del *Mary Celeste* –me contó–. Una vez fue un periodista tartajoso del *New York Herald* y otra, un escritor, supuestamente famoso, tan feo que me aterrorizó la mañana que se me acercó a la salida de la escuela.

El tío al que mi padre se refería no era otro que el hermano de su madre, el sacerdote congregacionista que lo acogió a su cargo siendo niño y lo educó en su propio hogar cuando todo el mundo dio por sentado que sus dos progenitores jamás regresarían. Todo el mundo, menos mi sufrida bisabuela, Sophia Matilda Briggs, madre de mi abuelo el capitán Benjamin Spooner Briggs, que hasta el mismo día de su fallecimiento, dicen, mantuvo la esperanza de volver a ver a su hijo, a su mujer, Sarah Elizabeth Briggs, y a su nieta, la

pequeña Sophie, ajena a toda la sarta de fantásticas mentiras que sobre lo que pudo haberles ocurrido se divulgaron. No me fue difícil imaginar la tristeza que debió embargar a la pobre cuando supo lo de aquella desgracia y las extrañas circunstancias en que la misma se produjo. Dicen también que más pena, si cabe, de la que ya sufrió antes con la muerte de sus otros hijos: Sophronia, no siendo más que un bebé; el desafortunado y descorazonado Zenas; Henry; la osada María Matilda y el desventurado Oliver, que también tuvo la ocurrencia de irse a desaparecer lejos. La oración no le habría de bastar, como en otros trances similares, si es que alguna vez de verdad le bastó, ni para aliviar su dolor ni para consolar su espíritu. Esposa de marino y madre de marineros, mi bisabuela vivió siempre entre la angustia y la ilusión, aguardando la llegada a puerto de su marido, Nathaniel Briggs, primero, y de sus crecidos retoños, después. Y aunque alguna vez creyó estar cristianamente preparada para lo peor, para encajar los golpes más duros que el destino podría depararle, lo cierto es que nunca logró superar la pérdida de su hijo preferido como se supone superó la de los demás. Aquel día del 5 de marzo de 1890, cuando estaba ya a punto de expirar, unos segundos antes de su último suspiro, todavía fue capaz de pronunciar su nombre, el de su amado Benjamín, de modo tan claro y tan inteligible, que sorprendió a todos los parientes que rodeaban el lecho en el que yacía, porque hacía más de diez años que nadie le había oído articular vocablo alguno.

El tío William Cobb, que había seguido los pasos de su viejo, mi bisabuelo materno, el reverendo Leander Cobb, se ganaba igualmente el pan proclamando desde un púlpito la palabra de Dios, todos los domingos y fiestas de guardar. Y lo hacía con tan severo sentido de la rectitud moral y tan pobre estrechez de miras que logró hacer la existencia insoportable a su sobrino, el chico de su malograda hermana, y también a alguno de los suyos.

Una noche mi padre llegó a acostarse mucho más tarde de lo habitual y, algo que no acostumbraba a hacer nunca, completamente borracho. Pero, en lugar de agachar la cabeza, ante las recriminaciones y el sermón de turno, de quien desde los siete años hasta la mayoría de edad le tuvo bajo su patria potestad y ejerció como su tutor, plantó cara. Iba a cumplir pronto los treinta y

estaba harto del rigor con el que el tío William seguía tratándole y de sus continuos y a veces hasta injustificados reproches. El predicador se puso hecho una furia y a punto estuvo de darle un síncope cuando le anunció que había decidido marcharse con aquella mujer con la que mantenía una relación que desaprobaba terminantemente. Una dama cuarentona a la que las malas lenguas de la vecindad atribuían un turbio pasado y, por tanto, una reputación más que dudosa. Mi padre le soltó de sopetón lo del embarazo, con la esperanza de obtener comprensión e indulgencia, y lo que consiguió fue desatar en aquel pastor de talante aparentemente pacífico la misma ira con la que Yahvé expulsó a Adán y a Eva del paraíso, con una buena ración de rayos, truenos y centellas incluida. A la mañana siguiente, cogió su maleta y se largó de la casa en la que se había educado y crecido, instalándose junto a la que habría de ser mi madre, con la que no tuvo tiempo de casarse y que murió al darme a luz. Aquella señora viuda más próxima a la menopausia que a la edad núbil, en palabras de quienes para disgusto y enfado mío todavía seguían refiriéndose a ella con menosprecio, incluso después de muerta.

Tres años más tarde, y por motivos laborales, mi padre, Arthur Stanley Briggs, al que todos solían llamar cariñosamente Arthy, abandonó también Uxbridge, condado de Worcester, donde nació, y me llevó consigo a New Bedford, en Bristol, para vivir con el tío James.

Pensé en cuánto le habría gustado a mi viejo haber podido estar en la playa en la que yo estaba, nada menos que las Azores, y cuánto le habría gustado también haber tenido la oportunidad de conocer parte, al menos, de la verdad sobre lo que les sucedió a los abuelos, a la pequeña Sophie y a toda la tripulación de aquel maldito barco, como yo creía estar teniéndola.

Aunque procuró que los demás tocáramos el tema lo menos posible en el entorno de la familia, fue él, en realidad, el que más vueltas siguió dándole mientras estuvo vivo. Tanto que una vez hasta lo sorprendí murmurando el nombre del bergantín, sentado en su butaca del salón, en tono de súplica y de interrogación, con un ejemplar del *Reader's Digest* entre las manos. En aquel número la revista dedicaba unas páginas a la historia del *Mary Celeste* y a la farsa de Pemberton. El supuesto superviviente del naufragio que se había

sacado de la chistera un tal Lawrence J. Keating, como corresponsal irlandés, al parecer, de un periódico londinense. Se encolerizó tanto que hizo pedazos la publicación y los arrojó violentamente al suelo. Era el 25 de octubre de 1929, el día siguiente al cataclismo de la bolsa neoyorquina, un viernes tan negro como el jueves que le había precedido. ¡Cómo lo habría de olvidar!

Me descalcé, permití que el agua me alcanzara y me deleité dejando huellas sobre la arena mojada que las olas iban borrando tras mis pies mientras mi mente divagaba. No muy lejos estaba el islote, hacia el que, por su presencia imponente, desde allí era imposible no mirar, y lo observé durante un rato, como si sospechara que detrás o debajo de él se escondiese Dios sabe qué, el *Nautilus*, un animal monstruoso o el tesoro de un célebre corsario, y me dispusiera a descubrirlo salvando la distancia en unas cuantas brazas. Soplabla una ligera y refrescante brisa y alentado por ella traté de imaginar detalles del sorprendente relato que el abogado me había brindado al poco de llegar a Ponta Delgada...

## 4

Halló la caja aprisionada entre los salientes de unos arrecifes, casi a la entrada de la gruta de las estalactitas y estalagmitas del Romeiro, cerca de donde varaban las embarcaciones. Un día de marea baja que había ido a zambullirse, como solía hacerlo varias veces a la semana, todos los veranos, siempre que el tiempo y el estado de la mar no se lo impedían. Bucear era la actividad con la que Jonás más se entretenía y aprovechaba las horas de sol y calor de las largas jornadas del estío para deleitarse practicándola. A veces incluso con un propósito definido: el de apoderarse de los ejemplares de conchas y, sobre todo, de fósiles con los que se topaba bajo la superficie. Tras darse cuenta de que por allí, y muy especialmente en los alrededores de aquel peñasco situado frente a

la playa, había todo un filón. Podía perderse en la profundidad hasta más de dos minutos sin hacer uso de ningún artilugio y nadar con la destreza que adquirió siendo un niño y fue perfeccionando año tras año. Aunque no fue hasta bien entrada la década de los treinta cuando se hizo con algo de equipamiento útil para sus exploraciones submarinas. Unas gafas con tubo, que le habrían de facilitar la visibilidad del fondo y prolongar las inmersiones, y unas aletas, que mejorarían su movilidad.

Era de madera de cedro lacada en color negro, tenía el tamaño de un misal o un volumen enciclopédico, llevaba grabada sobre su tapadera una inscripción ilegible en el centro de una orla dorada y estaba cerrada con un agarre de bronce, tallado como una joya. Nada más tocarla advirtió, por su estado de descomposición, que debía llevar allí encallada entre las rocas un buen tirón de años y, aunque en un principio pensó que podría haber llegado hasta aquel rincón arrastrada por la corriente, se preguntó después si es que alguien tiempo atrás no la habría dejado intencionadamente. No era la primera vez que se encontraba con un objeto artificial, perdido o abandonado, a orillas de la bahía o en alguna de sus sesiones de buceo. En la playa había hecho hallazgos de lo más variado y curiosos: el zapato de un pobre que se habría ahogado, en una ocasión; un corpiño de mujer, en otra; alguna cuaderna rota, la quilla de un esquife y hasta una botella, mas no de ron y, para desilusión suya, sin mensaje. Una vez, siendo un crío, incluso se topó con un cadáver y, sorprendentemente, apenas le impactó la experiencia como le podría haber impactado a cualquier otro chico de su edad. Pero el descubrimiento de aquella caja sí causó en él sensación y supo enseguida, por una corazonada, que se trataba de una pieza clave del rompecabezas que llevaba meses queriendo armar, sin atreverse a intentarlo. Desde el día que volvió a ver aquel baúl de su madre perdido y olvidado entre un sinfín de trastos en la buhardilla y recordó lo que ella casi le ordenó más que le rogó, entre los resuellos y los espasmos de la furia que en su ánimo se había desatado.

–Tienes que tirar al mar ese baúl del desván cuando yo me haya ido –le dijo aquella noche de locura e insomnio que estuvo corriendo desnuda por toda la casa, entre llantos y gritos desgañitados, como alma que lleva el diablo, antes de desaparecer con la luz del alba.



Aunque estaba completamente vacía, y eso terminó por decepcionarle, un detalle llamó su atención: las letras que había bordadas con hilo plateado en la tela que forraba su interior, *J. H. Winchester & Co.*, y que había tenido la oportunidad de ver escritas en alguna otra parte... ¿Dónde? En el arca en el que su madre parecía esconder más que guardar pertenencias de su padre, entre viejos papeles y hasta andrajos, pero como si de reliquias se tratasen, y tal vez también la verdad de un pasado que no quería que se revelase.

Se dirigió apresuradamente hasta la casa, con la caja en su poder, subió los peldaños de la escalera con la que se accedía al primer piso de dos en dos y en el primer escalón de la siguiente se detuvo, pensativo, dubitabundo. ¿Por qué no obedeció el deseo de María Jacinta y arrojó al mar aquel trasto con todo lo que tenía dentro? Porque sabía que allí había encerrada, si no una respuesta, al menos sí otra interrogante de su incumbencia. Pero... ¿no sería preferible ignorar lo que ella siempre procuró que ignorase? Seguro que si así lo quiso fue sólo por protegerlo, como lo hizo siempre, tanto siendo niño como siendo adulto, mientras pudo.

De debajo de un atuendo arrugado y hecho guiñapo de varón y un montón de ropa femenina, doblada descuidadamente, que desprendían un intenso olor a naftalina, extrajo aquellas hojas manuscritas en un idioma que no era el suyo y en una de las cuales había visto, que no leído, el mismo texto que acaba de ver en el interior de la caja y de cuyo significado no tenía ni la más remota idea. Sacó también aquel libro, el mismo, creía recordar, con el que aquel hombre que fue su padre se ensimismaba a menudo, postrado sobre la colina cada atardecer, lo que quedaba de un número del *Açoriano Oriental* de febrero de 1873, un sobre de correos lacrado con una carta larguísima en su interior cuyo contenido tampoco pudo entender, una vieja y estropeada muñeca y aquellos tres objetos que no supo identificar la primera vez que abrió el baúl y se topó con ellos y que ahora sí parecían tener encaje en el puzle de su vida.

## NOTAS:

---

<sup>1</sup> Cuando llegue, pregunte por la casa del americano.

<sup>2</sup> ¿La casa del americano busca el señor?

<sup>3</sup> Ésta es la casa.